

Fallas N° 6-7

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTORES,—AQUILEO J. ECHEVERRÍA Y J. MARCELINO PACHECO.

EDITOR PROPIETARIO,—JOSÉ ANTONIO SOTO.

PRECIO DE SUSCRICION

En Costa Rica..... \$ 1-50
En el extranjero..... „ 2-00
Número suelto..... „ 0-25

Año II.—Tomo II.—Núm. 8°

San José, 25 de enero de 1889.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

CALLE DE LA MERCED, N° 3, NORTE.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Costa Rica Ilustrada se publica todas las semanas.

La suscripción es por trimestre adelantado.

Apartado en el Correo, número 93.



GENERAL BENJAMIN HARRISSON.

SUMARIO.

Los temblores, por Eloy Truque.—Crónica, por A. K. B.—Elegía, á la memoria de mi padre, por Justo A. Facio.—El Periodista, por Emilio Pacheco.—Triste, por J. F. Ferráz.—En el álbum de las apreciables señoritas Adela y Anita Sáenz, por J. D. Braun.

Grabados.—Gral. Benjamín Harrisson.—Cuartel de Alajuela.—Cuentecito de navidad.

Anuncios.

LOS TEMBLORES.



MISERICORDIA, Señor, misericordia! Manuel..... Manuel, se nos cae la casa encima. (Pausa).

—Ya pasó, hijita, no se asuste. Caramba! pues ha sido bien fuerte.

—Ay! se me sale el corazón. Hijito, vistámonos y arreglemos á los muchachos, porque si viene otro y nos coje desprevenidos, puede sucedernos una desgracia.

—No lo creas, cholita, esto no se repite. No hagas el disparate de vestirme, y menos vayas á salir del aposento, porque puedes cojer un resfriado. Acuéstate y duerme tranquila; yo te *garantizo* que no vuelve á temblar.

—Eso sí que no. Yo me acostaré, pero vestida. U. que es tan confiado, siga como está, pero cuidado con andar después en carreras.

Este dialoguito, entrecortado aunque rápido, era el resultado de un regular temblor de tierra que se sintió entre once y doce de la noche, hora en que don Manuel y doña Ruperta, —matrimonio de bienaventurados—dormían tranquilamente en sus respectivas camas.

Manuel, que era en realidad valiente y hacía poco caso de las danzas de la tierra, volviése á quedar dormido; mientras que su mujer,—menos animosa pero más previsora que él,—vestida completamente y abrigada con una gran bata de lana á manera de sobretodo, recostóse apenas en la cama, atento el oído y el corazón y todos los sentidos á algo más grave que su instinto de mujer le presajaba.

Pero el sueño es poderoso, y á pesar del sobresalto y del temor de doña Ruperta, los ojos de la pobre señora empiezan á cerrarse. De improviso otro sacudimiento más fuerte que el primero pone el pánico en el corazón del marido. Este salta de su lecho como movido por un resorte, y en medio de las *misererordias!* y demás exclamaciones de doña Ruperta, se pone las chinelas, toma en vez de la camisa el saco y sobre éste quiere ponerse el chaleco, y olvidándose por completo de los pantalones, se lanza en semejante figura al cuarto inmediato, en donde duermen sus idolatrados chacalines.

—Tenías razón, hijita, tenías razón, dice. Esto está malo. Vistamos á los niños no sea que se nos prepare un terremoto.

El temblor había despertado á Virginia y Enrique, niños de nueve y ocho años, respectivamente. Asustadas las pobres criaturas, no tanto por el movimiento de la tierra, cuyas consecuencias estaban bien lejos de apreciar, cuanto por la extraña manera como sus padres se habían levantado y les intimaban á ellos que hicieran lo mismo, vistiéronse de prisa, bajaron de sus camas cargados de sueño y restregándose los ojos, y vinieron á ayudar á doña Ruperta á levantar á sus hermanitos menores, Rosa y Epifania.

Inter tanto habían abandonado también sus camas don Eustaquio, hermano de don Manuel, la *mujer de adentro*, la china y la cocinera. *Item*, la lora se había bajado de su estaca y andaba por el suelo en busca de la protección de sus amos.

En esos momentos se obraba sin hablar. El silencio es elocuente en las situaciones críticas.

—Esmeralda, dice don Manuel, dirigiéndose á la china, en caso de un temblor muy fuerte, U. se hace cargo de la chiquita. U., Mercedes, (*la de adentro*) alzaré á Rosa, y Ruperta á Virginia. Yo me hago cargo de Enrique. Esta puerta es ancha y por ella nos lanzaremos al solar. No hay que precipitarse demasiado. Conservar la sangre fría en estos casos es indispensable. Apronten cobijas para arropar á los niños porque el viento que sopla es destemplado y pudieran resfriarse fácilmente. Coloquémonos todos aquí. Eustaquio, ayúdame á trasladar á este cuarto la cama de la chiquita.... Ya está....

—Esmeralda, acueste á Epifania con cuidado para que no se despierte. Rosita, tú aquí en esta cama ancha con Virginia y Enrique. Ahora nosotros. Ruperta puede acostarse en el sofá.....

—No, hijo, dice doña Ruperta, yo no me acuesto; yo velaré sentada en esta poltrona.

—Haz lo que quieras. Me propongo no contrariarte en lo sucesivo..... se entiende en materia de temblores, agrega don Manuel con una sonrisa imperceptible.

—Haces bien, hermano, agrega don Eustaquio. Yo he notado que las mujeres y los animales tienen un instinto que no falla para esto de temblores. Y si no, ahí está la lora que no quiere seguir en su estaca, tal vez porque presiente que pudiera caerle la pared encima y morir aplastada como tortilla.

Don Eustaquio y don Manuel se echaron en sillas plegadizas, de estas que se llevan á bordo para viajes de mar, y en ellas, después de una ó dos horas, se quedaron dormidos.

Duermen igualmente los cuatro niños, duermen las sirvientes, duermen los animales de la casa: todo es silencio, el silencio solemne de la noche.

De súbito agítase nuevamente la tierra; sordo rumor circula por debajo del suelo, la casa bambolea. En el instante mismo los niños están en poder de sus respectivos protectores que, como dirigidos por el mismo pensamiento, detiéndense simultáneamente á escuchar.... El temblor ha pasado..... todo se encuentra otra vez quieto, salvo la lámpara colgante, que oscila suavemente en el espacio; los niños, que permanecen aun dormidos por la fuerza del sueño, vuelven á ser colocados en sus camas. Doña Ruperta, don Manuel y don Eustaquio tornan á sus sillas..... Mas no acaban de acomodarse cuando un temblor más fuerte, un verdadero terremoto, hace crugir todo el edificio, la tierra se empina, se ladea, baila; pedazos de la casa caen al suelo; los muebles ruedan, la vajilla y los cristales chocan y se rompen, y chocan y caen y se despedazan espejos, floreros, adornos de sala.... Horror! Todos gritan "Misericordia!"..... "Socorro!"..... los niños lloran, Rosita, la penúltima, pregunta—Papá ¿qué ha sucedido? El responde:—Hija mía, que se nos está cayendo nuestra casa, que estamos pasando un terremoto espantoso, que podemos quedar muertos ahora mismo.....

Con la celeridad del rayo nuestra familia habíase trasladado al solar: allí de los ruegos al cielo, allí de las exclamaciones de las mujeres, allí del llanto y de los gritos de los muchachos.

El susto era tremendo; los corazones golpeaban con fuerza en el pecho, la sangre estaba helada en las venas, los semblantes eran cadavéricos.

No era para menos. Eso de que nuestra casa, ese techo querido que con tanto amor nos ha dado su sombra y ha abrigado á nuestros hijos, se hunda de repente y nos sepulte vivos, lesionados ó muertos en sus ruinas, es espantoso.....

Triste impresión la que hace en el espíritu el inusitado movimiento de nuestro suelo, el crugir del maderaje, y el desquiciamiento y la rotura y la caída de nuestras habitaciones, el espanto que se apodera de los ánimos al ver que se rompe de improviso la armonía de la vida, y que el instinto de conservación, arrancándonos de súbito, á altas horas de la noche, de los dulces brazos del sueño, nos lanza..... ¿á dónde?..... tal

vez á un punto erizado de peligros, acaso á donde la tierra, víctima de espantosa sacudida, se hunde ó se empina cual ola gigantesca, ó se abre en grietas enormes para sepultarnos en sus antros.

Pero volvamos á la familia de don Manuel y doña Ruperta.

[Continuará].

ELOY TRUQUE.

Cronica.

AÑO NUEVO.

“La gente por todas partes
No se cansa de exclamar:
¡Cómo va pasando el tiempo!
¡Tenemos un año más!
¡Parece ayer que empezaba
y se ha concluído ya!”

De un modo altamente descortés se ha despedido de nosotros el año de 1888, dejándonos recuerdos dolorosos que por muchos años estarán vivos en nuestro cerebro; también deja páginas de oro para la historia de estos países: la terminación de la cuestión de límites entre Nicaragua y esta República, la reunión del Congreso Centroamericano y otras que aunque de menor cuantía no por eso dejan de encerrar alguna importancia, y vayase lo uno por lo otro.

El año 1888 significa para “Costa Rica Ilustrada”, doce meses casi perdidos. Mil y mil escollos invencibles han obstaculizado su marcha, no obstante los esfuerzos de la empresa por dar exacto cumplimiento al programa. Afortunadamente dichos obstáculos han desaparecido y pronto podremos ofrecer á nuestros lectores una puntualidad *inglesa*, y muchas mejoras materiales, pues están para llegarnos varios utensilios que hacían falta y papel propio para la impresión de grabados.

Año nuevo vida nueva.

Nos complacemos en saludar á los suscritores de esta revista con motivo del año nuevo, muy especialmente á las bellas lectoras para quienes deseamos que el nuevo tomo de la *biblioteca de la vida* encierre hermosas realidades en sus 365 páginas, sin que en alguna de ellas estampe su sello la negra mano del dolor.

Happy new year.

SE HA SEPARADO de la Redacción de este periódico nuestro estimado amigo el señor don Pío J. Víquez; pero seguirá colaborando en él siempre que sus ocupaciones se lo permitan, pues, á causa del recargo de éstas es que se ha visto obligado á retirarse.

Lo ha reemplazado don Aquileo J. Echeverría, quien á la vez se hará cargo de la Administración.

DOLORS CASTRO DE RAMÍREZ.—Hay personas á quienes la adversidad persigue hasta el umbral de la tumba, para quienes la vida es una sucesión de penas y cada día que muere les deja una queja amarga, y una vaga y temerosa incertidumbre del mañana.

La adversidad es ave á quien deleitan las carnes delicadas: por eso, casi siempre, clava sus garras en los pechos sensibles, busca los corazones sanos para picotearlos, y le gusta cebarse en esos cuerpos organizados al modelo del de Job.

Momentos después del fuerte temblor que alarmó profundamente esta población, en la madrugada del 30 de diciembre anterior, espiraba la señora Castro de Ramírez sin que fue-

ra dado á su familia poder ofrecerle en tan supremo instante las atenciones y consuelos debidos.

Hondo vacío deja en el seno de esta sociedad de quien ella fué honrosa miembro.

Reciba su estimable familia nuestro más sentido pésame.

EN EL número próximo comenzaremos á publicar un luminoso artículo cuyo título es: “Cómo se formó el carácter de Napoleón 1º”, y que ha sido vertido al castellano por el señor Subsecretario de Guerra, Coronel don Ronulfo Soto, quien ha tenido la fineza de obsequiarnoslo..

EL 10 de los corrientes regresaron á sus respectivos países los señores Delegados á la Dieta Centroamericana.

Dichosos ellos que al volver á sus hogares llevan en sus conciencias la dulce satisfacción del deber cumplido.

Feliz viaje.

“Sé más feliz que yo.”

AROLAS.

CUPIDO sigue haciendo de las suyas. En los últimos días de diciembre próximo pasado, el señor don Adolfo Bonilla sentó su firma en el libro de los hombres serios, dominado por los mil atractivos que adornan á la apreciable señorita Chepita González.

“Si almas gemelas para amar formadas
se encuentran en las sendas ignoradas
que una invisible mano les trazó.”

.....Hacen naturalmente lo que don Gerardo Volio y la bellísima señorita Josefina González, se toman de la mano, se dirigen á la iglesia yuna pareja más, qué importa al mundo?

NO HAY peor cuña que la del mismo palo, y tu peor enemigo es el de tu oficio: sin embargo hay tienen á don Nicolás Oreamuno, pedagogo de dotes nada comunes, y á la interesante señorita Adelia Flores, directora que ha sido de una buena escuela en esta República, y que sin hacer caso de lo que rezan los refranes, de la noche á la mañana se echan al cuello la dorada cadena y hay los tienen Uds. haciendo vida de tórtolos.

Pero la peor fichuría que ha hecho Cupido, es la siguiente:

El vizarro capitán Bosco, que alardeaba de valiente, que se las echaba de invencible y guapetón, ha roto su espada á los pies de la espiritual é inteligente señorita Rafaela Pereira.....

Pero lo disculpamos.

Hay derrotas que honran.

A. K. V.

NUESTROS GRABADOS.—Engalanamos hoy la primera plana de nuestro periódico con el retrato de Mr. Benjamín Harrison, candidato electo para servir la primera magistratura de los Estados Unidos de América, en el próximo período constitucional.

CUARTEL DE ALAJUELA.—Damos hoy una vista de este magnífico edificio, uno de los mejores del país, por su elegante y sólida construcción.

SECCIÓN HUMORÍSTICA.—Con toda la frecuencia que nos sea posible, publicaremos en lo sucesivo caricaturas. Hoy nos vemos en el caso de reproducir una de "El Hijo del Ahuizote", de Méjico; pero pronto un joven de esta capital nos dará algunas sumamente ingeniosas y con asuntos locales, aunque no personales.

ELEGIA.

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

Ya en el blando regazo de la tierra
tu cabeza reposa,
y se rompen los dardos de la guerra
en torno de tu losa.

Descansas de miserias y de males
sin que al girar el hombre
escuche en sus revueltas saturnales
el eco de tu nombre.

Ni en tu sepulcro entre profanas galas
grabado un nombre ha sido
que rompa y salve con fulgentes alas
los lindes del olvido.

El mundo en su orgullosa indiferencia
de tu historia no sabe,
pero conserva Dios de tu existencia
la misteriosa clave.

Luces delante de él cuanto ambiciosa
el hombre en su delirio:
coronas.....tienes una,—la corona
que te ciñó el martirio.

El noble canto que tus hechos traza
es la plegaria incierta,
cuyas dispersas notas Dios enlaza
y pródigo concierta.

Fulgura ante sus ojos tu memoria
con resplandor sereno,
que es la noche mundanal tu gloria
la gloria de ser bueno.

No importa que tus timbres alcanzaras
en ignorado juicio,
y que no tenga conocidas aras
tu oscuro sacrificio.

Que en los duros y trágicos embates
de la humana miseria
siempre libran sin ruido sus combates
el alma y la materia.

Basta sólo en las luchas de la vida
al oscuro guerrero,
cual tú, sacar de la mortal partida
el corazón entero.

Que no pudo rendirte ni vencerte
del mundo la fiereza,
y sólo bajo el peso de la muerte
se dobló tu cabeza.

Ella piedad de tu miseria tuvo,
y en la mortal porfía
élla tan sólo desarmó y contuvo
el brazo que te hería

Mas no la increpo con grosera injuria
porque dejó inclemente
el rudo golpe rebotar con furia
en mi abrasada frente

Que desde el fondo de su oscuro arcano
con alta ley gobierna,
y así la paz con el dolor humano
eslabona y alterna.

Por qué, pues, denostar irreverente
su salvadora egida,
si es un campo de lucha solamente
el campo de la vida!

Si alguna flor abandonada y sola
en sus escombros nace,
la sangre que salpica su corola
la mancha y la deshace.

Allí como paloma que bandada
de milanos acosa
el alma por los males asediada
se revuelve medrosa.

Hasta que de élla, que cejar parece,
el dolor se apodera
y con tétricas sombras ennegrece.
su mundanal carrera!

Pero cuando su presa restituye,
asido al bajo suelo,
—oscura larva—se desprende y huye
ante la luz del cielo.

Oh! virtud de la muerte! Si derrumba
nuestros humildes lares
en cambio ella hace luego de la tumba
sacrosantos altares!

Obra de su misión reparadora
el alma regenera,
y de mustios despojos elabora
radiante primavera.

Así tu alma rescata de la arcilla
que el viento desmorona,
y estrella es luego que fulgente brilla
en inmortal corona.

De tu forma vital rompe la trama,
y en fecundos raudales
por las sedientas venas la derrama
de seres inmortales.

Es la tierra fecunda y noble esposa
de la muerte al abrazo;
en concepciones múltiples rebosa
su maternal regazo.

A la ley del amor que la sublima
cuanto su seno esconde,
con nueva forma que su faz anima
palpitando responde.

Yo sé que presto lucirá vistosa,
en el aire sereno,
desplegando sus pétalos la rosa
que fecundó tu seno;

Que talvez en el éter que respiro,
de la flor en la esencia
los impalpables átomos aspiro
de tu nueva existencia.

Mas nada son al triste pensamiento
tan misteriosos lazos,
si no escucho tu voz, si ya no siento
tus férvidos abrazos.

Ni ya surgiendo de la turba insana
tu figura contemplo,
de que hizo Dios á la virtud humana
si frágil noble templo.

Ni sol que con sus rayos embellece
horizontes en calma,
el numen de tu amor hoy resplandece
en el cielo de mi alma.

Desde que el puro y luminoso rastro
en él ya no campea,
mi hogar entre las sombras como un astro
desquiciado voltea.

Por eso, padre, sin concierto brota
de mi labio el lamento,
y entre los pliegues de la noche flota
mi herido pensamiento.

En medio del horror en que deliro,
allí con honda pena
de tu martirio silencioso miro
la desolada escena:

El ¡ay! que apenas en tu boca vibra
con inefable calma,
como si fuera el eco de una fibra
que se rompe en el alma;

Tu mirada difusa y de serena
pero apagada lumbre
divagando en las sombras siempre llena
de triste mansedumbre;

Las horas deslizándose tranquilas
sin que el ángel del sueño
derrame compasivo en tus pupilas
su bienhechor beleño.

La interna lucha del que vida implora,
porque recuerda y ama,
al ver cómo fugaz se descolora
su vacilante llama.

Tu amante pensamiento detenido
al remontarse al cielo,
como ave que repliega sobre el nido
su tembloroso vuelo.

En tus convulsos labios apagadas
las quejas y las voces,
y temblando en tus lívidas miradas
los últimos adioses.

A la muerte la vida resistiendo,
y con noble estoicismo
¡ay! cómo bregan valeroso viendo
sobre tu seno mismo;

Todo es allí conmovedor y santo,—
allí en solemne coro
vertiendo miro silencioso llanto
á los seres que adoro;

Doblarse miro con desmayo frío
las frentes abatidas,
y que en medio del séquito sombrío
sólo tú no trepidas.

Miro después..... ¡ah! no, que ya tu lecho
abandonado queda,
y de mis ojos en raudal deshecho
amargo llanto rueda!

Ya no miro, ni importa, mas si en tanto
quietud eterna alcanzas
treguas haya al dolor, treguas al llanto,
silencio..... ya descansas!

San José, febrero de 1887.

JUSTO A. FACIO.

EL PERIODISTA.

Sublime es del escritor
la misión, cuando quebranta
al infame adulador
y cuando altares levanta
á la Virtud y al Honor;
cuando con noble lealtad
y ardiendo de patriotismo
hace guerra al fanatismo
ó al lujo que á horrible abismo
conduce á la sociedad;

mas si cobarde y servil
befa, calumnia é insulta,
y cual aleve reptil
luego arrástrase sutil
y entre las sombras se oculta,
entonces aquece inmundo
y mezquino corazón,
sólo merece del mundo
ó el desprecio más profundo
ó la mayor compasión.

De su pluma está hecho el tajo
de adulación y diatriba
y tiene ¡noble trabajo!
aplausos para el de arriba,
oprobios para el de abajo.

San José de Costa Rica.

EMILIO PACHECO

¡TRISTE!

Cum subit illius....

La noche estaba espléndida... en el cielo
Venus y el Can brillaban á porfía
y la inmensa cohorte... negro velo
del Poás la frente en sombras escondía
y el viento rebramando
en las arbóreas liras resonaba
con susurro nefando
que soledad y muerte presagiaba.

Una voz del abismo cavernosa
y el retemblar del suelo juntamente,
me anunciaron catástrofe espantosa...
Corro... la tierra cruje sordamente;
mas... cesa al punto, y la apacible calma
sentí restablecida...
En la azul ilusión envuelta el alma
quedóse adormecida!...

Ya pasó... ¡venga el sueño!... Los zumbidos del *sueste* arrullan bien... aleteando nos aduerme el vampiro!... Confundidos ví pasar los recuerdos, dibujando un fantástico trazo...
 ¡Quién pensara que el monstruo vigilante en tan estrecho plazo rebotara otra vez amenazante?...

Corremos al azar... los pequeñuelos tropiezan... uno cae... gritos... llanto... todo es desolación... ¡Dios de los cielos! ¡cómo se agranda y cunde el negro espanto!... Y sin embargo, la esperanza humana terca y tenaz renace: ya aguardando la luz de la mañana el pecho se complace!...

Diana tiende su arco en el Oriente... pálida está... sus ninfas la acompañan... Acteón con sus canes imprudente espía á las deidades que se bañan en el fresco rocío... Ya el cazador, antílope ligero, el dardo agudo y frío ve dispararse al corazón, certero...

La jauría se agita... tiembla el monte... el viento ruge... ¡horrenda sacudida los hogares desquicia!... el horizonte parece el negro linde de la vida.

Yo ví el lugar nefando... Encélado gigante estremeciése de su lecho saltando, y espantada la Tierra resquebróse!

Vibró el rayo en el antro... vino al suelo el flanco de la loma... enorme masa de polvo palpitante alzóse al cielo; cayó de nuevo, y arrastró la casa y cuanto en torno había— Era un padre, una madre y siete hijos; un mozo los servía, y á Dios alzaban su oración prolijos...

¡Vanas palabras, que apagó el bramido del huracán violento!... con el padre cinco quién sabe adónde se han hundido; el mozo salva á otro... mas la madre, al mirarse empujada, siente á su cuello con horror prendida una hija adorada, como esquife á la nave combatida.

Ruedan, se hunden, surgen nuevamente, y allá van de otro bote con la ola: lo que antes fué hondonada, ya eminente cumbre sobre los árboles tremola y en las copas se sienta, cual suele negra nube en la empinada cresta, si la tormenta sus mortíferos dardos vibra airada!

Repuesta del pavor, salva á la hija que se ahogaba ya... ¡qué se hizo el hombre?... ¡qué los hijos?... No hay nada que no aflija su alma en aquel pánico sin nombre!... Trayendo otro hijo, el mozo, también por la oleada trasportado, del general destrozo salió ileso con él por otro lado.

¡Y los demás? ¡horror!... entre las sombras del Horco, ni su huella ha aparecido... Cuando Apolo brilló, lo que fué alfombras de húmedo y verde césped, removido árido suelo era... bosque es ahora lo que fué pradera, y es honda cima, oscura la florida, poética llanura!...

Los ríos en su curso detenidos rompen al cabo el valladar, y llevan sus torrentes en lodo reteñidos y espumantes, ni hay pájaros que beban ni ganados, sus aguas; y parece que el tinte de la herrumbre de plutónicas fraguas se desbordara allí desde la cumbre!

Las capas de menuda puzolana de un cráter que los siglos han cubierto quedaron á la luz... la mente humana se representa el gigantesco muerto, sobre cuyos despojos otro titán de fuego hierve ahora, que vibra en sus enojos los rayos de su ira aterradora!...

Mas sólo ese episodio lamentable el alma en la catástrofe suspende que allí tuvo su campo;... incomparable es en verdad, si á su valor se atiende, el daño que en ciudades, y en villas y crecientes caseríos contará á las edades la historia de estos crímenes impíos.

Crimen nefando, la ciudad hermosa despedazar en lo más rico y grande; crimen tremendo, la obra desastrosa en que el horror su negro manto expande sobre un pueblo inocente; crimen horrendo, donde impune el reo es Natura inconsciente que reviste las formas de Proteo!...

Sacudida en sus bases Alajuela, muestra doquier su cuerpo hondas heridas; por doquier el turbión dejó su estela, y por donde pasó, casas caídas, desquiciadas ó rotas... ¡Tan sólo del Profeta el arpa santa produjera las notas con que poder cantar desgracia tanta!

Y San José, la capital airosa, la hurí de los jardines, que en belleza sobrepujaba ya á la más hermosa odalisca oriental ¡qué es hoy?... pavezca de espléndida bujía: las severas iglesias, los palacios, los centros de alegría... ¡todo implora piedad á los espacios!

Calles cerradas, casas que suspensas han quedado á la horrible sacudida, doquiera huellas de terror inmensas, doquiera desencantos de la vida!... Gentes en la miseria, que sin hogar se miran derrepente, amargura y laceria que el corazón lastiman hondamente.

Por doquier los solares y las plazas
tornados en aduares tal parece
que se creyera meras amenazas
lo que ha pasado ya y el miedo crece,
y se sienten temblores
en la calle, en la casa y dondequiera,
y desgracias mayores
ante el presente mal cada uno espera.

El vuelo de las aves, el aullido
del vigilante can y hasta el arrullo
de la tórtola amante, y cualquier ruido,
y el susurro más leve y el murmullo
de alguna mansa fuente,
es para todos ya presagio cierto
del terremoto ingente
que la ciudad convertirá en desierto!

Cada nueva noticia, cada informe
acerca del fenómeno ocurrido
este pánico ya de suyo enorme
hacen más grande aún. Cuantos han ido
al lugar asolado
vuelven con el espectro por delante
de aquel demonio airado
que el suelo sacudió febricitante.

Uno de los viajeros, contemplando
la funesta visión, sobrecogido,
como de un rayo al revibrar nefando
cadáver yerto fué Cubra el olvido
la escena pavorosa,
y piense el sabio en su ideal balumba
cómo se abre espantosa
bajo sus plantas la insaciable tumba

Yo ví el lugar nefando Las entrañas
contemplé de la tierra removidas
y cuanto ántes oí fueron patrañas
á mis propias miradas, atraídas
por las simas enormes,
por las grietas anchísimas abiertas
en las masas deformes
que son sin duda del infierno puertas!

Yo miré la colina desplomada
sobre el río, suspenso en su carrera;
y el agua de las fuentes despeñada
de inmensa altura en catarata fiera
que con tenace diente
las rocas escarpadas va royendo
con chasquido estridente
que entre las grietas forma eco tremendo.

En la alta cima un manantial, sujeto
su breve curso, en lago ahora fluye,
donde el ganado rodeando inquieto
muge y se espanta, husmea, escarba y huye
con sorpresa inaudita;
y romperá la valla deleznable,
y en cascada infinita
descenderá cual hidra formidable!

¡Qué convulsiones en la selva oscura
debieron de sentirse al ser rendido
el cedro secular, desde la altura
hasta el abismo horrísono abatido!
Cual fuerte costillaje
de ingente nave entre el airado oleaje,
así crujió sin duda
lo selva entera en la *avalancha* ruda!

Jirones de la víctima esparcidos
yacen aquí y allá, como en el polo
sobrenadan los lurtres desprendidos
del duro hielo Sólo el paroxismo
de la epilepsia pudo
producir tal tensión el cataclismo
dejó el lomo desnudo
del alud al rodar sobre sí mismo.

Bosques allí de cuajo se arrancaron,
y sus raíces con espanto al cielo
como garfios los troncos levantaron,
cual suele erguirse el erizado pelo
del horror al impulso
¡Si al que ahora lo mira causa grima,
qué al sentirse convulso
no sufriría el que rodó á la sima!

¡Oh! ¡qué inmensas las fuerzas del abismo!
¡cuán vergonzosa la impotencia humana!
¡nuestros alardes, sórdido egoísmo!
¡la humana ciencia al fin ilusión vana!
Catástrofe alarmante:
y aun eres nada tú, sueño ligero,
comparada al gigante
cataclismo final del mundo entero!!!

Alajuela, 6 de enero de 1889.

JUAN F. FERRÁZ.

EN EL ALBUM DE LAS APRECIABLES SEÑORITAS

Adela y Anita Sáenz.

(INÉDITA.)

Si el ángel de piedad vertió en Adela
La copa de la miel y la ternura,
Y le brindó sus alas, con que vuela
En pos de la desgracia y la amargura;

También el ángel del amor, sin pena,
Todo su encanto derramó en Anita,
Al convertirla en cándida azucena
Que al puro soplo del amor se agita.

Y así las dos en el cariño unidas
Cruzando van las sendas del destino
Flores son de los cielos desprendidas
Que nunca toca el polvo del camino.

San José, octubre 12 de 1882.

J. D. BRAUN.

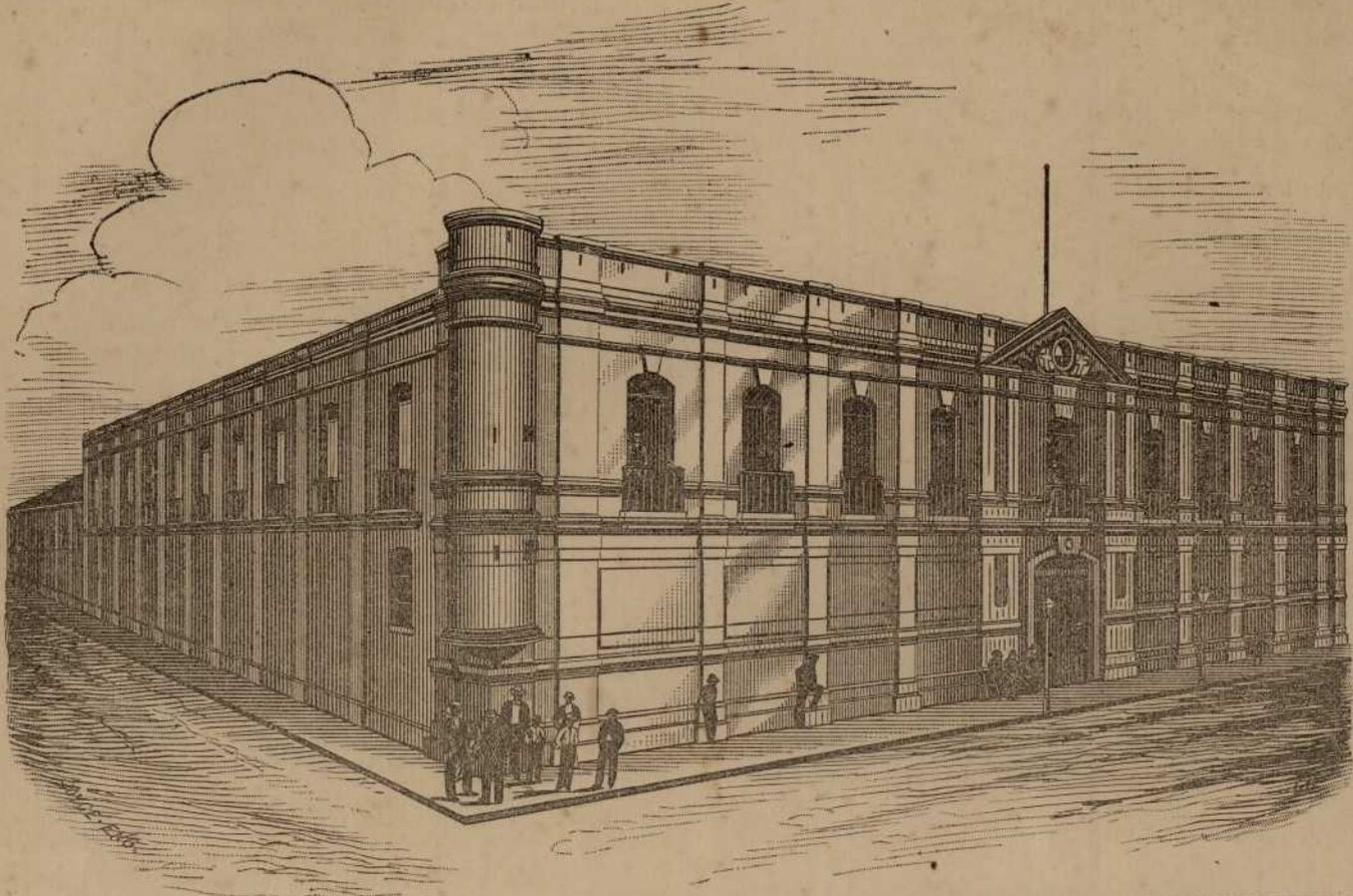
Costa Rica Ilustrada,

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES,

ADMINISTRACION,

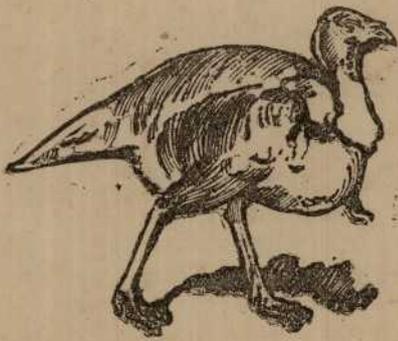
CALLE DE LA MERCED n.º 3, N.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.



CUARTEL DE ALAJUELA.

CUENTECITO DE NAVIDAD.



—Cuando me han hecho venir á la ciudad . . . ¡si seré algún personaje!



—Un ricacho me ha conducido á su casa



—Todo el mundo me encuentra tan hermoso



—Y tan gordo



—¡Calle! . . . ¿no es pasado mañana Navidad?



—Pues ¡¡¡Lucas Gómez!!!

J. A. Soto.

SUMARIO.

Las serenatas, á mi amigo y primo don Tobias Zúñiga, por A. J. E.—Un proceso literario, por José F. Peralta (prosa.)—El primer amor y el primer pesar, a mi amigo don Procopio Castro, por Ruperto (prosa.)—Juan, á mi amigo don Francisco Echavarría M., por G. Ortega, (prosa.)—Los sábios, por Mariano Rubio Bellvé (prosa.)—Adela, en el album de la señorita Adela Sáenz, por R. M., (poesía.)—Tu casita blanca, (poesía.)—Resurrección, por X., (poesía.)—Se van, (poesía.)—A Ella, por A. J. E., (poesía.)—Los celos, por M., (poesía.)—Crónico.

Fotografados.
Anuncios.

LAS SERENATAS

A mi amigo y primo don Tobias Zúñiga,



SI YO FUERA MUJER (que Dios me libre de tal) me enamoraría de aquel que me llevara más serenatas.

Qué agradable es despertar á los acordes de una serenata, qué dulce cosquilleo hacen esas notas perdidas en la soledad de la noche.

Siéntase la virgen en su lecho, aparta los rizos que durante el sueño han caído sobre su frente, pone su mano en la forma de embudo, colócala sobre la oreja para percibir mejor los sonidos, oleadas de sangre le suben al rostro y pequeños calofríos se pasean por todo su cuerpo y la hacen estremecerse de placer.

Concluye la serenata, y ella sigue despierta: sería lo más prosaico dormirse.—La fantasía vuela tras de aquellas notas cuyo eco parece resonar todavía allá, muy lejos, muy lejos, y lucha por recordar los versos de la canción y tararea la música del vals.

Las serenatas ejercen una influencia inmensa sobre las mujeres.

¡Cuántos casamientos se deben al poder de una serenata!

Amantes desdeñados que buscáis un remedio á vuestros males, valeos de las serenatas; si con ellas no ablandáis el pecho de inflexible dama, meteos á frailes; vuestro mal no tiene cura.

Nosotros heredamos la costumbre de los españoles que según cuentan las crónicas, salían por esas calles de Dios arrebujados en sus capas, llevando bajo ellas al lado de la temida *huacalona*, la guitarra.

Deme Dios una voz buena y manos hábiles para rasguear como se debe una guitarra, y si no llego á merecer el título de Tenorio que me emplumen.

Ahora está casi echada en olvido; el piano le ha dado muerte. Se quiere una serenata: allá van Fournier, Cardona, Chaves con sus orquestas y se toca música clásica.

Qué horror! Qué atrocidad! Las serenatas, para ser buenas, guitarra necesitan y canto.

No hay instrumento más dulce que una guitarra, sus armonías parece que hablan, y del mismo modo lloran y cantan.

Hay notas que son lágrimas, hay notas que remedan carcajadas.

Dije que la guitarra había muerto y no es verdad.

Mientras corra en el mundo siquiera una gota de sangre española, habrá guitarras.

Pero si para quien escucha una serenata todo es miel sobre hojuelas, no sucede otro tanto á quien la lleva. Voy á contar lo que á mí me pasó con mi primera, para que sirva de guía á los novicios y á las damas de termómetro, pues de este modo, los unos serán más precavidos y las otras agradecerán como se debe una serenata.

Habíame sorbido los sesos una pollita salerosa y tan vivaracha que parecía un vals de dos tiempos con enaguas; la muchacha no hacía mayor caso de mis suspiros, y se le daban un ardite las miradas incendiarias que le dirigía. El amor, las malas noches y el desdén de mi adorada me habían puesto flaco y mal humorado. Un primo que tengo, que es de los que vemos poco, más listo que un revólver Smith & Wasson, inteligente y tan malo como el cólera, hubo de verme en la situación en que me hallaba y me dijo: no te apures; llévale una serenata cantada y échate á dormir, que lo demás vendrá por sí solo.

La noche no podía ser más apropósito, noche de noviembre, helada como mi dueña, negra como mi fortuna.

Desde temprano fuí á casa de un guitarrista célebre á quien llamaban *Piocha*; concertamos el precio y quedó en estar á las doce de la noche en la esquina de la Catedral, acompañado de un buen cantor y otro guitarrista. Antes de marcharse me pidió dos pesos adelantados para cuerdas, etc.

Invité algunos amigos, y desde las once nos reunimos en el lugar de la cita. Apenas divisábamos un bulto corrimos hacia él, pero nuestras esperanzas salían fallidas.

Dieron las doce, y nada! La impaciencia nos consumía; sonó la una, y viendo que no asomaba, resolvimos dirigirnos á su casa, temerosos de que le hubiese sucedido algo.

La noche estaba tan oscura que era imposible distinguir entre la media docena de casitas cual era la de nuestro hombre. No pasaba alguien á quien preguntar, uno de mis compañeros, se echó el alma á la espalda y comenzó á llamar á la primera puerta que encontró á mano.

Después de magullarse por un buen rato los dedos, respondió una voz aguardentosa, y á poco apareció un hombrachón restregándose los ojos. Traía una cobija colocada sobre los hombros, á guisa de manto, y como conservaba la tranca de la puerta en la mano, parecía un rey de bastos de baraja ordinaria.

Qué se les ofrece, grandísimos...? ¿á quien buscan?

—Á *Piocha*, le contestamos.

—¿Con que á *Piocha*?, dijo, yo les voy á dar *Piocha* y deseargó sobre nosotros un trancazo que si hubiera alcanzado á alguno, de seguro deja en nuestras filas una baja efectiva.

Pies nos faltaron para correr y aire para jadear, cuando logramos por fin reunirnos en una esquina donde estaba un polizonte departiendo amigablemente con dos hombres del pueblo.

Contámosles lo sucedido y uno de los hombres nos dijo, que habíamos llamado realmente á la casa de *Piocha*, que su padre era quien nos había descargado el leñazo, porque se ponía furioso cuando lo llamaban por ese apodo, agregó nuestro interlocutor que el conocía un guitarrista finísimo, que cantaba muy bien y que se levantaría á cualquier hora que lo llamaran.

Ya estaba yo dispuesto á desistir, pues todavía no me había salido el susto del cuerpo; como yo opinaban algunos de los compañeros, pero la mayoría decidió que fuéramos y no hubo remedio: ¡en marcha!

Llegamos, y en efecto abrió, nos hizo pasar adelante y no nos brindó asiento porque el pobre no tenía.

Dormían en el mismo cuarto un muchacho y media docena de gallos que apenas nos sintieron entrar entonaron un coro, *qui ni la Euterpe*.

Manifestamos al artista nuestro deseo y nos dijo que aceptaba, pero que había un pequeño, pequeñísimo inconveniente. Después de un discurso de circunvalación en que salía á relucir el mal estado de los tiempos, la poca protección que se dispensa hoy al arte y lo materializado de este siglo, vino á parar en que tenía la guitarra empeñada.

El establecimiento donde *yacía* no estaba muy distante. Fuimos y después de pagar al honrado tabernero la cantidad,

sus módicos intereses y veinticinco centavos extra por la *levantada*, nos la entregó.

No dió su padre al Hijo Pródigo un abrazo más estrecho cuando regresó arrepentido de sus calaveradas, que el que propinó nuestro músico á su instrumento cuando cayó en sus brazos.

Yo casi lloro según fué de patético y sentimental el cuadro.—El cirujano más hábil y cuidadoso no hubiera reconocido una herida con el tino y atención que nuestro hombre empleó en revisar su guitarra. Todos estábamos pendientes de sus acciones. Si no estará buena?—Por fin después de media hora la levantó en alto y tomando una posición cómica, nos dijo: está buena, buena, buena!

Ya íbamos á entonar un tedéum, cuando el artista exclamó: “que faltaban cuerdas al instrumento y que sólo en casa del español tal nos abrirían á esas horas.”

Uno ó dos de mis compañeros cayeron desmayados al oír la nueva.

Con que faltaban cuerdas! Si hubieran servido las de mi alma, me las habría arrancado. Maldición! No hubo más remedio, pusimos la proa hacia la casa del español, y éste después de renegar hasta de su madre, abrió y nos vendió las cuerdas; allí nos proveímos también de una buena botella de ron, porque el frío arreciaba y el músico decía, que con el gañote seco no podía cantar.

Nuestra constancia había vencido:

Al fin podíamos dar la dichosa serenata. Colocóse el guitarrista “cabe el nido de mi amada” y después de toser mil veces y subir y bajar las notas otras tantas, nos volvió á ver de un modo significativo, tocó un registro más largo que el que hacen en la aduana de Nueva York á los pasajeros, y rompió el canto.

“Angel de luz que en tu lecho
Duermes sin pena la ninguna”

Chaz! saltó la primera cuerda y tras esta otra.

Echando mil y quinientas maldiciones, y gastando una tras otra nuestras cajas de fósforos, se logró por fin arreglar las cuerdas, pero al dar el registro de prueba volvió á reventarse una y entre reventarse y añadirla nos dieron las tres y media de la mañana: á esta hora quedó todo corriente y vuelta á darle al:

“Angel de luz que en tu lecho” . . .

Parece que á todos los perros á la vez y á todos los gallos se les había ocurrido aullar y cantar respectivamente.

Cuanto más alzaba el músico su voz más fuerte lo hacían los otros.

De repente, sin decir siquiera agua va, como se estila en Madrid, nos lanzaron del balcón un líquido que por cierto no era el que preparan los señores Lahman y Kemp

Al músico fué á quien tocó la peor parte.

Furioso, frenético, saltó á la calle y alzando una piedra como la de Escasú, con la mano derecha y con la guitarra en la otra á guisa de escudo, se soltó en improperios contra el dueño de casa.

—Salite, chanchísimo, le gritaba.

Mi presunto suegro, que no era de los cómodos apareció en la puerta con un revólver colosal.

Todos volvimos grupas y, precedidos por el valiente músico, echamos á correr por esas calles de Dios como alma que lleva el diablo.

No sé ni como llegué á casa, lo cierto es que amaneció y yo sin pegar los ojos; por fin el cansancio me venció, más no bien me hube dormido cuando entraron á anunciarme que un señor *Piocha* me buscaba.

—Díganle que no estoy en casa.

—Entonces lo esperaré, fué su contestación.

Lo hice entrar á mi cuarto, y me dijo que venía á cobrarle la mala noche que por mi culpa había pasado. Presentó pruebas, me amenazó con dar parte á mi familia, y no hubo más remedio: tuve que aflojar cinco pesos

Él con sus compañeros me había esperado tres horas largas en la esquina al Este de la Catedral, mientras que yo en la Oeste tiritaba hecho un babeiaca en compañía de mis amigos, y me daba á los diablos por su tardanza.

Todavía desde la puerta me gritó: ya usted sabe, cuando se le ofrezca otra serenática cuente con *Piocha*.

Le tiré lo que más á mano tenía que era un zafa-botas, pero ya había traspuesto el umbral

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

UN PROCESO LITERARIO.



ES PROBABLE que cuando estas líneas lleguen á la redacción de “Costa Rica Ilustrada” el hecho que intento relatar sea ya conocido, puesto que de París llegan crónicas á los diarios de Costa Rica; sin embargo, el asunto á que me refiero es bastante curioso y digno de que de él se ocupe un periódico literario.

Es el caso que, Mr. Camilo Lemonnier, considerado aquí por muchos como el Jefe de una naciente literatura belga, ha sido perseguido por el tribunal correccional de París por haber publicado un artículo en el agradable periódico “Gil-Blas,” titulado “L’Enfant du Crapaud.” La traducción literal sería “El hijo del zapo,” pero la idea es otra. *Crapaud* es una palabra que aquí emplean para designar á los seres más miserables y dignos de compasión. En buen español ese artículo se llamaría: “El hijo de una miserable.” Hecha esta salvedad seguiré adelante. Para expresar mejor el pensamiento de Lemonnier citaré el nombre de su artículo en francés.

El procurador de la República francesa encontró ese artículo más que peliagudo, de un verde subido capaz de haber hecho cocer habas en el rostro encendido de una doncella, tal era á su sentir el calor inflamable de esa publicación. El artículo se persiguió, pues, como un ultraje á las buenas costumbres. El procurador decía en su acusación: “Estamos en Francia y no debemos olvidar que la risa es la cualidad primordial del genio francés. Pero á pesar de eso no olvidemos que el idioma francés será siempre el idioma por excelencia, por medio del cual todo se puede decir con la delicadeza y el color artístico que nunca hieren el gusto.” Concluye declarando obscena la publicación de Lemonnier y pidiendo la condenación del autor y del “Gil Blas,” basado en el interés de la conservación social. Dice que en el artículo citado la crudez de la expresión aumenta la desnudez del fondo.

Un célebre abogado de Bruselas, amigo íntimo de Lemonnier, *Maitre Edmond Picard*, fué ex-profeso á París para defender al ilustre acusado. El proceso despertó la curiosidad pública en Bélgica y Francia. Lemonnier es tan conocido en uno como en otro país. El discurso de *Picard* duró dos horas y todo él es un bello trabajo literario. Se empeñó en hacer notar las diferencias de costumbres que existen entre los flamencos y los franceses, en probar que en el artículo de Lemonnier no había ninguna mala intención, hizo ver que cada autor tenía su estilo diferente, que en Francia se encontraban á montones obras que deberían ser perseguidas antes que el artículo de Lemonnier. A este respecto hizo una enumeración curiosa de las obras picantes y de color verde en grado superlativo que han sido escritas por franceses, y no han sido perseguidas. Largo sería seguir á *Maitre Picard* en todo su discurso. Baste decir que el Tribunal señaló el término de ocho días para pronunciar la sentencia y que Mr. Camilo Lemonnier ha sido condenado. La sentencia ha producido gran sensación en Bélgica, aunque no haya sido condenado más que á una multa. Es digno

de tenerse en cuenta este hecho, pasado en Francia, en donde la libertad de la prensa llega á punto de desbordar.

Camilo Lemonnier es el escritor belga que está más en boga hoy día. El ha colaborado con ardor en "La Jeune Belgique," la "Costa Rica Ilustrada" de Bruselas. Ahora él es un hombre hecho y derecho, y un hombrachón por de contado.—Las obras de Lemonnier que gozan de más fama son: "Les Chamiers," "Nos Flamands," "Le Mâle" y "Le Mort": todos títulos rudos que indican desde un principio su estilo exhuberante. También ha escrito,—y la publicación data del año pasado,—un hermoso libro,—magníficamente ilustrado en París,—titulado "La Belgique". Allí se hace una descripción detallada de las costumbres de los diferentes ciudades y pueblos de la Bélgica, de su historia, de las edificios notables del país,—que se cuentan por centenas,—y todo expresado en un lenguaje lleno de vida, capaz de hacer resucitar á los muertos. Cuando yo empecé á oír "La Belgique" me quedaba como deslumbrado, no podía seguir adelante, pues sus imágenes portentosas, su infinita acumulación de sustantivos y adjetivos de los más raros, producían en mi espíritu el mismo efecto que producen á la vista y al oído una serie no interrumpida de relámpagos y truenos. Lleva á tal extremo Lemonnier su anhelo de acumular epítetos diversos que hasta sus amigos lo critican por ese lado. "La Belgique" obtuvo un primer premio de la "Academia Real de Bélgica," y á lo que parece es el libro que más quiere Lemonnier. Este escritor más que belga es flamenco, y digo eso porque en este país que no llega á tener 29000 k. c. de superficie, se encuentran dos razas completamente diferentes que hablan dos dialectos enteramente opuestos—la raza de los *wallonés*, descendientes de los celtas, de la que Lieja es el centro principal,—y la de los flamencos. Lemonnier es flamenco hasta la medula de los huesos y más allá de la medula si posible fuera. Así como Rubens, Van—Dyck y toda la ilustre pléyade de pintores flamencos han sabido representar en la tela y pasar del natural con colores inmortales las costumbres del pueblo flamenco, de la misma manera, Lemonnier ha hecho la descripción del pueblo á que pertenece. Pueblo rudo como el dialecto (jerga del holandés) que habla, pero pueblo inteligente y amante de la libertad, que posee una historia llena de hechos grandiosos que entre otras cosas recuerda las luchas constantes de las comunas por mantener incólume sus fueros y libertades.

El pueblo flamenco siente correr por sus venas la sangre del arte. Por doquiera lo rodean bellezas artísticas de *primo cartello*. Los "Hotels de Ville" belgas, perlas del arte gótico; las catedrales é iglesias llenas de pinturas y estatuas, exhalando la belleza hasta en los pormenores; los museos repletos de pinturas sin igual,—por no hablar más que de la pintura y la arquitectura,—todo eso hace que aquí se nazca con el amor al arte. Y qué arte! Ningún otro ha sabido imitar la realidad mejor que el flamenco, sin que por eso la imaginación haya tenido que parar su ráudo vuelo. En pintura como en literatura, la naturalidad es lo que más agrada, con tal que no se detenga únicamente en la contemplación brutal y descarnada de lo peor que existe en la naturaleza. La belleza requiere la armonía en todas sus manifestaciones. Desde *Pourbus* [el maestro de Rubens] de quien se conservan bellísimos cuadros en Brujas y en otros puntos de Bélgica, hasta Wiertz y Gallait que acaba de morir, la naturaleza no se ha visto mejor imitada en todas sus formas y con tanta veracidad. Ese colorido vario hasta lo infinito de los maestros flamencos,—chispeante á veces y á veces lóbrego,—todo lo sabe expresar. Con tales ejemplos, natural es que la raza flamenca tenga tanto amor por el arte y ame tanto la verdad natural.

Hasta en las menores cosas me he podido convencer de lo que digo. Con esta curiosidad que me dió Dios no he dejado pasar oportunidad para poder conocer bien las ciudades antiguas que me ha sido dado visitar. Ora medio perdido por entre callejuelas intrincadas, encontrándome ya con enormes

Cristos en la cruz con más heridas que las que le dieron los judíos,—(como si aquellas hubieran sido pocas!) ó con otras falanges de vírgenes y santos, muchos de ellos despedazados y sucios; ó ya en el interior de los monumentos góticos, por todas partes he sentido exhalar la poesía, por do quiera he visto el recuerdo histórico manifestarse de una manera elocuente.

Hay en una calle de Bruselas, la del *Étuve*, una fuente singular y que antes de que yo hubiera tenido el gusto de conocerla ya había hecho reír á nuestro buen paisano Juan Chapín: es la bellísima fuente de *Wannekenfiss*. Bellísima digo, y no se vaya á creer que es una de esas fuentes que se encuentran en los parques y paseos de Nueva York y París, Barcelona y Madrid. No, le he aplicado esa palabra por las simpatías que inspira. La fuente ocupa el ángulo formado por dos calles, al que rodea una alta verja de hierro. En la parte superior se ve un nicho, una especie de concha, de piedra y es allí donde se ostenta placentero un niño hecho de bronce, que de paso diré es considerado como una delicada obra de arte. Ese es el famoso *Mannekenpiss*, antiguo burgués de Bruselas, como aquí lo llaman.

Aparece con el vestido que la naturaleza le hubiera dado si en vez de bronce hubiera sido de carne y hueso, echadito para atrás, arqueando las piernas y sirviéndose de una de sus manecitas para poder cumplir mejor sus deseos, que no son otros que los de abastecer de agua, de la manera más inocente y original, el receptáculo que se encuentra á sus pies. A pesar de lo raro del sujeto, nadie hace de él más atención que la necesaria, á todos parece como la cosa más natural del mundo. *Mannekenpiss* tiene una larga historia y muy curiosa. Si no me engaño cuenta ya con más de siete siglos de vida. Sería largo decir todo lo que sobre él se cuenta, relatar los honores que se le han hecho, las cruces de honor que se le han dado, (entre las que figura una que le regaló Napoleón) y muchas otras cosas. Me limitaré á decir que *Mannekenpiss* ha tenido también sus sinsabores. Los de la ciudad de Malina, que disfrutaban la legítima propiedad de *Mannekenpiss* á los de Bruselas, concluyeron por picarse y el día menos pensado el antiguo burgués había abandonado su nicho. El pueblo de Bruselas se alborotó, armóse en guerra, derramó lágrimas por su antiguo y siempre joven ciudadano y la calma no se restableció hasta el día en que pescaron á *Mannekenpiss* en el fondo del "Canal de *Villebroeck* que pasa por Bruselas y del que Carlos V la hizo propietaria. *Mannekenpiss* volvió á ocupar en medio de las aclamaciones del pueblo su puesto de honor. Todo el mundo lo contempla con cariño, sin dar lugar á que nadie se escandalice.

Otro ejemplo de expresión natural y del que *Maitre Picard* habló en su discurso, se miraba hacía poco en el patio del "Hotel Ville" de Bruselas. Tres preciosas vírgenes tenían la tarea de proveer de agua una fuente. Me creo escusado de entrar en detalles, lo mismo que de presentar otros ejemplos curiosos que no caerían bien en un periódico que angelicales señoritas favorecen con su lectura.

El abogado de Lemonnier hizo conocer todas esas costumbres del pueblo flamenco y el carácter inocente que tenían.

El hizo ver que la publicación de Lemonnier, imbuída de ideas flamencas, no tenía nada de contrario á las buenas costumbres. El pensamiento que se desenvuelve en "L'Enfant du Crapaud" es el de una mujer que se quiere vengar de un marido infiel, arrojándose en la senda del mal. He aquí un párrafo de *Maitre Picard*: "Las cuestiones obreras son intensas en Bélgica porque ellas se agitan cerca de nosotros, en nuestro territorio tan estrecho y en donde la población obrera es tan considerable. Lemonnier había pensado tomar por tipo una plebeya que luego se casó con un director de minas de carbón. El marido, hastiado de su compañía, la abandonó poco tiempo después. La esposa que se vió abandonada deseó vengarse. Puesto que su marido iba á buscar las burguesas, ella se *cond* que está bien, y que á su turno irá á buscar los hijos del pueblo á que ella pertenecía. La venganza que esa mujer ejecutaba

conducía á su múltiple perdición, crimen que es el que se imputa al artículo de Camilo Lemonnier. Pero luego, mediante la simple reflexión y la fuerza íntima del arte, Lemonnier vió que si esa mujer se entregaba á los hijos del pueblo con las costumbres que el lujo le había impregnado, tenía un carácter licencioso verdaderamente excitante. Buscó otro sujeto. Imaginó entonces una muchacha del pueblo, del puro pueblo (UN CRAPAUD) y así fué como concibió "L'Enfant du Crapaud." No eran el interés ni el placer los que guiaban á aquella muchacha, al contrario, se inspiraba en el sacrificio, sus deseos son los de prolongar la huelga. Ella lleva á cabo la idea con el pensamiento levantado y profundo, aunque se diga lo contrario, de dar un jefe á los que carecen de él, un jefe nacido de sus entrañas; quizás, esclama la joven, yo podré tener esta gloria y esta esperanza. Esa es una bella obra, una obra que tiene por móvil la justicia y por resultado la piedad. Yo pregunto si antes de ahora alguien ha hecho lo mismo, guiado su pensamiento por el sacrificio?—Si. La mujer que de intento se corrompe por una grande causa es Judith. Igual cosa sucede con "La Sorcierè" (La bruja) de Michelet. Este autor se ha mostrado violento en esa obra y á pesar de eso no se le persiguió. Por las palabras que acabo de traducir libremente para no dejar á mi frase una forma muy cruda é indigesta, se habrá podido imponer el lector de la naturaleza del proceso literario que ha hecho tanto ruido en Francia y en Bélgica.

Mr. Lemonnier esperaba, á lo que pienso, ser absuelto del cargo que se le hacía. No cabe duda que reconoció, pensando en que le serían favorables, que en París "había jueces," á imitación del molinero de Saus-Souci que, como es sabido, se negaba á vender su molino al rey de Prusia que tenía el antojo de querer construir allí un palacio. Como éste lo amenazara si no quería entender buenas razones, el molinero respondió indignado:

"¡Como si no hubieran jueces en Berlín!"
 Comme s'il n' y avait pas
 Des juges á Berlin!

Yo no puedo afirmar si Mr. Camilo Lemonnier habrá variado de opinión, puesto que la fortuna le fué adversa y que los jueces de París lo condenaron. Me abstengo de toda apreciación inútil, y concluyo así este artículo en el que he desatado la lengua y charlado sin *ton ni son* con motivo de "un proceso literario."

JOSÉ F. PERALTA.

Bruselas, noviembre de 1888.

El primer amor y el primer pesar

(A mi amigo don Procopio Castro.)

CARLOTA tenía entonces poco más de siete años.

Su alma virgen anidaba en un cuerpo modelo de belleza; resplandecía en una sonrisa cándida y pura, como el primer beso de una madre posado en los labios de su hijo primogénito; y en el brillo de unos ojos rasgados y azules, hermosos como nuestro cielo á la luz de una aurora primaveral.

Carlota abrigaba intensa simpatía por Arturo, niño gentil, pocos años mayor que ella.

En esa edad no hay amor: mejor dicho, el amor existe en toda su pureza

No se sabe cuando nace el hondo sentimiento á cuya influencia palpitan dos corazones infantiles, el uno por el otro.

Ellos no saben lo que anhelan; sienten profundamente y eso es todo.

Carlota y Arturo con frecuencia se reunían. Siempre procuraban encontrarse.

Si estaban entre otros niños, sin convenio anterior aparecían aislados, y constantemente juntos.

Sus manos se unían, sus ojos siempre se buscaban y á veces el brazo de Arturo, circuía tímidamente la flexible cintura de Carlota.

Aquel sentimiento nunca se expresó con palabras, únicamente en miradas y en sonrisas.

¡Oh increado magnetismo de las almas! Debes ser hijo de los ángeles del cielo

Muchas veces, con las manos unidas, Carlota y Arturo vieron deslizarse las aguas del Torres, alumbradas por la luz temblorosa del último crepúsculo de la tarde.

En otras ocasiones, en los campos, vieron nacer el sol. Arturo ofrecía á Carlota flores silvestres, que tanto brotan en nuestros fértiles valles.

Cuando Carlota dormía, soñaba en que Arturo iba en pos de una dorada mariposa.

Ella le engañaba con sus inesperados giros, pero lograba cojerla y se la ofrecía.

Cuando Arturo se dormía, pensaba en Carlota; y al despertar meditaba en ella.

Carlota tenía otro amor: era una de esas avecillas color de oro, cuyo pico se entreabre para modular á cada momento armonías inimitables.

La avecilla, encerrada en su dorada prisión, parecía orgullosa de su dueño.

Ella misma cuidaba de aquel canario, y cuando él la veía ponerle el grano predilecto y el agua cristalina en tazas de cristal, la avecilla revoloteaba de gozo, sacudía dentro del agua sus alitas, después descascaraba algunos granos de alpiste, saltaba del uno al otro de los voladores de la jaula, y prorrumpía en trinos no aprendidos, entonados en alabanza del Supremo Hacedor del Universo; trinos que Carlota creía que el canario los cantaba para ella.

Un día el cielo de Carlota amaneció sonbrío.

La desgracia es como la muerte, que no respeta edades.

La niña, á la primera claridad del alba, salió de su aposento y se dirigió á contemplar á su cantor querido.

Él estaba triste, muy triste. No tenía trinos, como de costumbre, para saludar el nacimiento del sol. Fijo, inmóvil en uno de los atravesaños de la jaula, tenía el cuello embutido en el cuerpo, las plumas erizadas, las alas caídas.

En esa situación permaneció hasta las últimas horas de la tarde, y aquel día fué un siglo de inquietud para Carlota.

El canario cayó al fondo de la jaula. Estaba muerto.

Carlota prorrumpió en llanto: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, como perlas orientales por una concha nacarada.

Sus padres, que la amaba con idolatría, la colmaban de abrazos y la cubrían de besos.

La niña estaba inconsolable.

Que me llamen á Arturo, exclamó entre sollozos.

Extraje el canario de la jaula, le colocó en el centro de una mesa y le rodeó de flores.

Velando el cadáver permanecía, en actitud pensativa, cuando llegó Arturo.

La niña se arrojó á sus brazos y largo rato, por primera vez, estuvieron abrazados. Él con la faz seria, no desprendía la vista del canario; y ella ocultaba su faz contra el pecho de Arturo, y lo mojaba con lágrimas.

Los padres de Carlota, meditabundos contemplaban esa escena infantil, pensando en el porvenir de los niños.

El porvenir pertenece sólo á Dios.

Carlota envolvió el cadáver en algodón, le colocó en una cajita y en unión de Arturo se dirigió al jardín.

Bajo un rosal excavaron un hoyo, y en el fondo depositaron la caja y la cubrieron con tierra.

Aquí, Arturo, dijo Carlota, sobre el sepulcro un Pensamiento.

Cortaron la plantita y la sembraron en aquel lugar.

Arturo se retiró con el corazón oprimido de dolor, y Carlota pasó la primera noche triste de su vida.

RUPERTO.

JUAN.

A mi amigo don Francisco Chavarría M.

Adios, querido Juan!

Y los brazos de la madre se enlazaron al cuello de su hijo; el sonido de un ósculo ardiente se dejó oír; Juan enjugó bruscamente una lágrima que brillaba en su párpado, tomó la brida de su brioso caballo y se dirigió al colegio.

Quién era Juan?—Niño aún, de imaginación brillante, impetuoso á la par que festivo, organización sensible en sumo grado, era como la blanda cera destinada á tomar su forma definitiva en el molde del saber; era la materia prima destinada á pasar por metamorfosis constantes á la acción de la fuerza de la instrucción científica.

Juan amaba el estudio; y, al contrario de lo que generalmente sucede en la edad que él tenía, pensaba en la ciencia más que en los alhagos de diversiones pasajeras. No quería tener rivales en ninguna de las esferas de actividad en que giraba su imaginación, y el estímulo del amor propio lo conducía á hacer esfuerzos, algunas veces superiores á sus fuerzas. Los profesores lo apreciaban por su consagración y su aptitud, y sus condiscípulos lo querían, porque era juicioso cuando se trataba de estudiar, y bien educado, generoso y alegre en las horas de recreo.

La ciencia llegó á su cerebro como llega un rayo de luz á la pupila del que yace en la sombra. Amaba lo grande y lo sublime; y como nada hay más sublime ni más grande que la verdad, escuchaba con atención, leía, razonaba y discutía con vehemencia, porque deseaba llegar á conclusiones reales, fundadas en la naturaleza de las cosas; y como su espíritu investigador no le permitía aceptar términos medios, quería llegar á conclusiones definitivas, adquirir inalterables convicciones.

Estudió todos los ramos de la filosofía positiva, consultó autores modernos renombrados, y bien pronto era uno de los prosélitos más exaltados de la escuela de Compte y de Littré.

Joven ya, salía Juan del colegio; se despedía de sus amigos.

Quiera *el destino* colmarte de ventura! Tales fueron las últimas palabras de sus condiscípulos.

La luz melancólica de una idea terrible brilló súbitamente en la pupila de los ojos de Juan; una ligera contracción nerviosa hizo variar brevemente las líneas de su rostro; y la helada sonrisa que apareció en sus labios, era el sarcasmo lanzado por el fatalismo de la idea contra la sensibilidad que agonizaba.

La filosofía había hecho brotar la verdad en su cerebro, así como los rayos del sol hacen reventar la semilla regada en el seno fecundo de las selvas de América. Pero en cambio, la helada nieve del desengaño había extinguido el fuego de la creencia; el veneno mortal del escepticismo era la sangre que circulaba por las venas de aquella naturaleza moribunda. Y era que la muerte había derramado torrentes de dolor en aquella dulce y bienhechora fuente de la vida de Juan.

Pobre Juan! Sus ilusiones juveniles tornáronse de pronto en tormentosos desengaños y el placer huyó para siempre del horizonte de su porvenir.

No amaba ya la ciencia ni la gloria; y aun llegó á creer que la felicidad humana está en razón inversa de la ilustración y de la inteligencia.

En su rostro sombrío y cadavérico se descubría el efecto de una idea fija. "La vida no merece vivirse", decía; y con un arzálo arrastraba fatalmente esta idea, que bien pron-

to lo hizo recorrer los tres períodos de esa incurable enfermedad moral que los ingleses denominan *spleen*: el desencanto, el fastidio y la desesperación.

Hasta que al fin, cansado de sufrir,—como el poeta americano, extasiado en la contemplación de los misterios de la soledad y del silencio,—cantó la vida en un sensible y armonioso "Nocturno", y, al par que las cuerdas de la lira, entregó rotas las fibras de su corazón al fantasma inexorable de la muerte.

"O la ciencia, que vivifica la razón y mata el sentimiento; ó la ignorancia, que ofusca la conciencia, pero conserva la sensibilidad. Elegid". Tal es el epitafio que se lee en la losa de su modesto y olvidado sepulcro.

GUSTAVO ORTEGA.

¡LOS SABIOS!

Hay palabras de sentido tan lato, de significación tan indefinida y de tan raro alcance, que parecen expresamente escritas en los diccionarios, para que, como si fueran inmarcesible pedestal, se pueden sustentar sobre ellas las más extrañas concepciones, ó convertidas en anchuroso manto, puedan cobijarse bajo sus pliegues las cosas más diversas, hermanadas en virtud de contradictorias leyes.

La palabra *ciencia* pertenece de derecho á esta categoría, y aun le corresponde en ella un lugar preeminente, pues de ninguna se ha abusado tanto, ni ha existido otra más indeterminada, ni con tendencias tan avasalladoras.

¡La ciencia! Infeliz del que se atreve á combatir sus preceptos; desgraciado el que se opone á su impetuosa corriente. La terrible conminación de los sabios le persigue; el desprecio del vulgo completa su castigo. Todo es hoy tolerable; todo se debe admitir; todo se puede explicar; de todo es fácil dar hasta la quinta esencia de la razón fundamental; pero, para que la demostración sea admitida, para que el nuevo principio prospere, hay que empuñar en su defensa una bandera cuyo lema sea la ciencia, con lo cual fructificarán de sorprendente modo las más extrañas teorías y las más absurdas concepciones. La nueva ley quedará escrita en el código científico, y nadie tiene el derecho de rechazarla, so pena de pasar por el último de los ignorantes.

Y, á la verdad, la ciencia no tiene grandes motivos para hablar con ese tono de autoridad indiscutible, pues no hay, en la torre más alta del edificio más azotado por el viento, veleta que haya dado más vueltas que cambios han sufrido las teorías científicas. Pero, eso sí, la última es siempre la verdadera; la anterior no era ciencia; aquellos respetos que se exigían en su nombre no estaban justificados; las observaciones habían sido inexactas, etc.; pero de la última ley es absurdo dudar; las demostraciones son irrefutables, . . . y así vive la ciencia, orgullosa de poseer verdades que mañana serán mentiras, y satisfecha del adelanto hecho, hasta que se demuestra que el progreso no fué un avance, sino un traspie.

¿Se abochornan los sabios de esos continuos remiendos que, *á fortiori*, han de introducir en sus códigos? De ninguna manera: han encontrado un precioso remedio, y así como en la vida política, los hechos culminantes producen honda sensación, los sabios han tomado el prudente partido de *asombrarse* cuando acontece algo inesperado. De aquí que la historia de la ciencia no sea más que el relato de esas *admiraciones* famosas. Asombro de los cosmógrafos al enterarse de que nuestro planeta es esférico y que las palabras *longitud* y *latitud* aplicadas á la tierra son absurdas; asombro de los astrónomos al notar que el movimiento diurno de los astros no es más que aparente; asombro de los geógrafos al convencerse de que las célebres co-

lumnas de Hércules no eran más que la consagración de un disparate, demostrado por Colón; al encontrar un mundo en aquella *cima sin fondo* del Occidente; asombro de los mecánicos al observar que el agua no asciende en el tubo de la bomba más de diez metros, y que, por lo tanto, no existía el tan comentado horror de la Naturaleza al vacío; asombro de los académicos de Florencia al notar que *sudaba* la esfera de oro y que había encontrado la porosidad de un metal cuando pensaba averiguar la incompresibilidad de un líquido; asombro... mas ¿a qué continuar? A cada nuevo descubrimiento va aneja una admiración semejante, que debía hacer más cautas á la par que más humildes las prescripciones científicas.

Los resultados inmediatos de esa especie de infalibilidad de que quieren dotarse todos los que hablan en nombre de la ciencia son esos espectáculos que proporcionan, á diario, las discusiones científicas, en las que los contendientes, siempre rebotando, por de contado, sabiduría, defienden con igual calor y convicción las más opuestas teorías. Enferma el emperador Federico de Alemania, y todas las eminencias de la medicina diagnostican la enfermedad de una manera diferente. Se muere el enfermo, y mientras unos quieren honrar la ciencia del médico que le asistió, pretenden otros llevarlo á la horca, ó poco menos.

Cuando la ciencia, en forma de peritos, interviene en las cuestiones jurídicas, el espectáculo toma, en alto grado, el aspecto cómico. ¡Qué conclusiones tan claras en favor del defendido! ¡Qué demostraciones tan evidentes de que los hechos no han podido pasar de un modo distinto del explicado! Verdad es que el castillo formado por esa prestidigitación científica no dura más tiempo que el que tarda el adversario,—siempre con los derechos que le dé la indiscutible ciencia,—en explicarlo todo al revés.

Hay ciertas ramas de los conocimientos humanos que se distinguen por la firmeza de sus juicios, que nadie debe desmentir si está bien consigo mismo: ejemplo, la Geología. Nada más fácil que encontrarse con un geólogo que de un pedrusco, que ha podido traer del fin del mundo un barco como lastre; de dos pedazos de cualquier cosa, que le parecen huevos; y de cuatro caracoles, que pudo haber reunido en el lugar cualquiera de sus antepasados, forma su pequeña historia; explica la vida y milagros de una comarca, comenta los cambios de domicilio que han sufrido las rocas, determina la edad de cada capa de terreno, como si ojeara el registro civil, fija la fauna y la flora de cada época, bautiza todos los fósiles que á su paso cree encontrar; y como resumen de todo esto, escudado con su ciencia, invade el campo de las demás y todas las teogonías y teologías, todas las historias y todas las filosofías, tienen el deber de escuchar la palabra del sabio, basada en tan evidentes datos.

Cierto es que las conclusiones no parecen á menudo tan claras, pues, por ejemplo, en unas excavaciones de París tuvo uno de ellos la desgracia de hallar una quijada, que parecía humana, en un terreno que parecía terciario. ¡Qué horror! ¡El hombre terciario surge de las entrañas de la tierra!

Lo que tan sencillo parece siempre, lo que todos los mortales hemos de creer á pies juntillas, no pareció entonces tan evidente, de tal modo que se reunió un congreso de sabios para discutirlo, y como de la discusión sale la luz de la verdad, hubiera salido también la luz de esa reunión célebre, pero, desgraciadamente, ocurrió que los congregados no llegaron á determinar: 1º Si la quijada era humana; 2º Si era fósil; 3º Si hallaba en el terreno ó la había colocado allí una mano *aleve*; y 4º Si la capa geológica era ó no terciaria. Después de esto ¿habrá quien dude de los veredictos científicos?

No siempre están los sabios, cuando se reúnen, en tan completo desacuerdo, pues hay ocasiones en las que la unanimidad que reina en sus juicios, da un valor indudable á sus conclusiones. Como demostración de esto, recordamos un inciden-

te ocurrido en la Academia de Ciencias de París, que corrobora este aserto.

Corría el mes de marzo de 1878. Los periódicos norteamericanos, tan aficionados á esos grandes *canards* que sorbe dulcemente la prensa europea, habían publicado la descripción del *fonógrafo* de Edisson, cuando un distinguido electricista francés, el conde Du Moncel, presentó á sus colegas de la Academia á Mr. Puskas, comisionado por el célebre inventor americano para dar á conocer el fonógrafo. Los académicos vieron funcionar el aparato, oyéndole repetir maravillosamente las palabras pronunciadas por Mr. Puskas. Después del primer entusiasmo que ocasionó tan notable experimento, una idea luminosa, concebida, sin duda, por un sagaz académico, cundió por la sala; se trataba de sorprender la buena fe de la docta corporación; la mesa, haciéndose eco del clamor general, invitó al conde Du Moncel á que repitiera las experiencias. Así lo hizo éste, y el aparato, manejado por su inexperta mano, sólo repitió sonidos inarticulados. La sonrisa del triunfo corrió por las filas de los sabios.

La luminosa idea se había confirmado, y exclamaron unánimes, señalando á Mr. Puskas:

¡¡¡Es un ventrílocuo!!!

Datos fidedignos nos permiten afirmar que la Academia, volviendo sobre su acuerdo, cree ya en la realidad del fonógrafo.

MARIANO RUBIÓ BELLVÉ.

ADELA.

En el album de la señorita Adela Sáenz.

Hay nombres tan expresivos
Que nuestras almas se llevan,
A soñar en otros mundos,
Con inspiración ingénuas.

Del nombre, entre la eufonía,
Las ideas van envueltas,
Sentimientos palpitantes
Y melodías etéreas.

Pero entre todos los nombres,
Que en mi memoria resuenan,
Ninguno siento tan dulce
Como es el nombre de Adela.

Me parece que la brisa
Sonríe en la primavera,
Me parece que tú vienes
En el rayo de una estrella.

No sé porqué; no me explico,
Porqué este nombre de Adela,
Como etérea melodía
Dentro de mi alma resuena.

Serán, acaso, caprichos,
Idealidad del poeta,
Que entre el mundo de sus sueños
Tu nombre armonioso lleva.

No lo sé; pero yo debo
Darte una cántiga tierna,
Una cántiga que el alma
En sus notas lleve envuelta;

Y te digo, solamente,
Que con gran derecho llevas,
Entre tu noble familia,
El dulce nombre de Adela.

San José, 29 de enero de 1889.

RAFAEL MACHADO.

TU CASITA BLANCA.

Me preguntas niña bella
cuál será nuestra morada
cuando el pie de los altares
se confundan nuestras almas,
pues mira, ves esos picos
que allá lejos se levantan
como escalando las nubes
con sus perpétuas nevadas,
pues al pie de una de aquellas
hermosísimas montañas,
envuelta en verde follaje
tengo una casita blanca;
cielo azul, claro horizonte
teñido á veces de grana,
campiñas ricas y hermosas,
del color de la esperanza;
pájaros multicolores
que entre los árboles cantan:
arroyos que murmurando,
riegan alfombras de grama,
un Sol de color de fuego,
Luna de disco de plata,
trepadoras madre selvas
que escalaron ya las tapias
y que forman cortinajes
para el sol de las mañanas
y un senador en la huerta
cuajado de rosas blancas;
este es el nido que tengo
para que viva mi amada,
tú la de ojitos de cielo,
tú la de la frente pálida,
la de cuello trasparente
como el ropaje del alba.
Allí viviremos juntos,
allí en mi casita blanca,
cuando al pie de los altares
se confundan nuestras almas.

J. L. B.

PARA EL ALBUN DE LA SEÑORITA

Adela Sáenz.

Eres dulce y gentil; y en esta oscura
noche doliente de mi triste vida,
al vivo rayo de tu edad florida,
que soy jóven aún se me figura;

Y arrojé el arpa ruin de la amargura,
suspendo mi canción adolorida,
y allá en el alma de mi fe perdida
de nuevo el astro bienhechor fulgura.

Soy árbol infeliz que no florece
y olvidó de las aves la armonía:
niuguna brisa lo refresca y mece . . .

Y con todo, ante tí, siento alegría,
que hasta el roto epitafio resplandece
á la espléndida luz del claro día.

SE VAN.

La blanca torre de la capilla
cuando en las tardes la dora el sol
es habitada por mil palomas
que allí formaron nidos de amor.
Los albos grupos murmuradores
parece que alzan una oración;
luego se esconden tras la corniza
buscando al nido grato calor:
y allí durmiendo, soñando acaso
los halla el rayo del astro Dios.
Alzan los picos, baten las alas,
tienden los vuelos á otra región;
huye la alegre, blanca parvada
formando grupos de dos en dos,
dejando triste la esbelta torre
que por la noche los cobijó.
Así á mi mente las ilusiones,
aves viajeras del corazón,
bajan alegres cuando en el cielo
tras de la niebla se oculta el sol;
les doy el grano de mi cariño,
el tibio aliento de mi pasión;
pero es en vano, que á la mañana
se van al cielo, ¡fatal dolor!
dejando triste, triste la mente
que por la noche los cobijó.

J. L. B.

A ELLA.

Yo no quiero ternezas ni suspiros
palabras dulces y miradas lánguidas;
un volcán es mi pecho y necesito
con las de otro volcán mezclar sus lavas.

Y desdeño tu amor, que amor es alma,
y yo materia solamente quiero;
en tí no busco lo grandioso y santo,
sino lo miserable, lo pequeño.

Yo no quiero suspiros, te repito,
no entiende ese lenguaje el corazón,
tú sabes que á los leones los amanza
con un hierro candente el domador.

Yo quiero que me quemes con tus besos,
que me incendien la sangre tus miradas,
que el rubor no dé tinte á tus mejillas
sino de la pasión la ardiente llama.

Quiero que al estrecharte, amada mía,
te quedes en mis brazos desmayada,
y que duermas soñando en el deleite
con el dulce sopor de la champaña.

Quiero ver que á tus ojos tentadores
los circunde la aureola amoratada
que después de la orgía hace contraste
con el marfil de las mejillas pálidas.

Quiero mirar tu negra cabellera
suelta rodando por la blanca espalda,
quiero saciar el hambre de mis ojos
en los tesoros que tu seno guarda.

Y que venga la muerte y nos sorprenda
con los labios muy cerca, mi adorada,
en uno confundidos los dos cuerpos
y en una trasformadas las dos almas.

San José de Costa Rica.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

LOS CELOS.

Emponzoñada hiel que abrasa el labio
Víbora que se enrosca al corazón,
Acerado puñal que las entrañas
Rasga sin compasión.

Vértigo pavoroso en que vacila
Próxima la razón á sucumbir
Angustia devorante, ansias horribles
De matar y morir!

Embriaguez de amargura aterradora
Fiebre, congoja, rabia, odio y amor
Insomnio, llanto, afán y en cada instante
Un siglo de dolor!

M.

CRONICA.

¿Por qué temblar, decía el viejo malvado de la zarzuela la *Tempestad*. Y eso mismo decimos nosotros ahora al comenzar esta desventurada crónica. ¿Por qué temblar, repetimos, si ya los fenómenos seísmicos [para hablar en griego] parece que no pondrán por más tiempo pavor en el ánimo. A pesar de esas consideraciones, y de que nuestros vecinos los volcanes no han vuelto á hacer la de Dios es Cristo, la gente es muy dueña de su miedo, y aun todavía no se determina á decirle *va de retro*. El "Parque", la "Estación", todos los lugares favorecidos por las diosas del buen tono, permanecen casi desiertos; parece que la populosa y movable capital ha huído, quedando San José desnudo de las dulces alegrías que forman su principal atavío. ¿Cuándo vendrá otro Mesías á gritar sobre este sepulcro *surgite et ambula*? Tal vez mañana. ¡Quiera Dios llegue pronto ese mañana tan deseado! ¡Que la luz vuelva á evocar por todas partes contornos fantásticos!

* *

De la palabra *ejecutoria* dió un ingenio español la siguiente curiosa definición: Ejecutoria.—Un papel ó si se quiere pergamino, con el cual prueban muchos que hubo quien valía

más que ellos. Se adivina desde luego que el autor se refería á aquellos que no tienen para vivir otra causa más noble que los hechos de sus antepasados. Ahora vamos á hablar de un personaje que presenta lujosa ejecutoria, pero de aquellas que extienden y rubrican el talento y el honor. El Doctor Manuel Iglesias, después de catorce años de observación práctica y de muchos días de vacilaciones y de pruebas, ha llegado á poder hacer, con una seguridad que maravilla, el antes oscuro y difícil diagnóstico de la *ténia* y otros entozoarios. No solamente ha realizado tan notable adelanto, si no que también ha descubierto la medicina para que desaparezca en pocas horas la terrible enfermedad. La prensa toda y especialmente la de Méjico ha hecho justicia al distinguido especialista. Un periódico importante de aquella República, dice á este propósito:

"Llega á tal grado su habilidad en este punto que parece verdaderamente imposible; en efecto á la simple vista, con una sola mirada sobre los ojos del paciente y en unos cuantos segundos hace diagnósticos exactos al grado de expresar algunas veces y siempre con mucha aproximación el número, la clase y dimensiones de los diversos gusanos intestinales.

Estos hechos comprobados en experiencias hechas ante un sin número de personas, en centenares de casos, en el examen de corporaciones enteras, lo demuestra admirablemente ante todo el mundo la prueba á que voluntariamente se sujetó el señor Iglesias, cuando por orden del C. Presidente de la República examinó 2,000 soldados formados en fila y á la simple vista se les diagnosticó á más de 200 de entre ellos la merencia de gusanos en sus intestinos; esta prueba concluyente fué posteriormente repetida en una gran parte del ejército de la República residente en varias partes de ella."

Hoy se encuentra en esta capital el Dr. José M^a Iglesias, médico de la Facultad de París, hijo del personaje distinguido que actualmente llama la atención de la sociedad y de las Academias científicas. Va el Doctor Iglesias [hijo] á recorrer varios países europeos en donde propagará el descubrimiento hecho por su padre, descubrimiento que asegura para su autor inmensa fama y grandes utilidades. Deseamos que una parte de la luz que irradia la aureola del padre, brille reflejada contra la frente del hijo.

* *

Vicente Víquez ha muerto.

Un blanco más en las filas de la apreciable familia de nuestro amigo don Pío J. Víquez.

Una gota más de acíbar en la copa, una espina más en la corona, nuevos crespones enlutados en el hogar del noble poeta, y por lo mismo, mayores títulos para colocarlo más cerca de nuestro corazón.

Qué lujo, que derroche de penas; abiertas las heridas, humedas aún con la sangre reciente y sin embargo el acerado filo vuelve á herir y adensar implacable.

"Llora y espera," sí, llora y espera que talvez no estará lejano el día en que aparezca en tu hogar la paloma mensajera, llevando en su pico de oro la rama de olivo.

"Llora y espera."

* *

La fiesta con que la distinguida Colonia alemana celebró el cumpleaños del Emperador Federico Guillermo II, ha sido el acontecimiento de la semana última. La prensa diaria de la capital ha hecho elogios de la exquisita cortesía del señor Cónsul, y ha hablado con placer de la agradable reunión habida. Los periódicos han dado la nota en el justo tono, y nuestra crónica nada nuevo puede decir sobre ese asunto. Las frases cruzadas entre nuestro Ministro de Relaciones Exteriores y el señor Cónsul alemán, son prueba inequívoca de las buenas relaciones que existen entre nuestra pequeña República y la cancillería que dirige el famoso Bismarck, el político de hierro que lleva los bigotes erizados de cañones y que ha fundado la grandiosa confederación que tanto peso tiene en la política europea.

* *

El Editor de este periódico, en su afán de presentar las novedades últimas, ofrece hoy á los suscritores el cuadro de las catástrofes habidas en los lugares cercanos al volcán "Poás".—El procedimiento adoptado puede no ser del gusto de todos, pero si se considera la idea que ha determinado su adopción, estamos seguros de que se dirá benévolamente: váyase lo uno por lo otro.



PUBLICACION SEMANAL.

REDACTORES,

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.—J. MARCELINO PACHECO.

AVISO.

Habiendo otro de mi mismo nombre y apellido y afin de evitar equivocaciones, en adelante seguiré firmándome Rafael E. Sanabria, en vez de

Rafael Sanabria.

San José, 29 de enero de 1889.

BARBERIA DE LOS TRES AMIGOS.

Guantes para hombre, corbatas para baile en gran variedad de colores y formas; perfumes, olores de novedad, tal como el cherry blossom, tintura para la barba y el pelo, perfumes y polvos opoponax, crema rojo y blanco de perla, cepillos para quitar los polvos, aceite y agua de quina colcream y crema de oriza.

Barbería "Los Tres Amigos".—San José, 5 de setiembre de 1888.

Arriba y Batalla

han recibido por los últimos vapores.

Géneros de seda, gran surtido; Abanicos, Guantes, Perfumes, Medias de seda, Camisas, Cuellos, Puños, Encajes de seda y metal, Puntos para adornos de vestido.

También tienen Champagne de las acreditadas marcas Jules Mumm & C., Carte Blanche, Carte Noir, Carte Blanche Dorée.

Por cada vapor se reciben artículos de última novedad.

San José, setiembre de 1888.

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

Miniaturas.

Tarjetas de visita.

Imperial.

Victoria.

Victoria Imperial.

RETRATOS DE 11 X 14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran). Al oleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, & oro ó plata.

Las fotografías pueden esmaltarse según el estilo francés.

(Glacé) ¡¡Precioso procedimiento!!

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo pidan.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

¡CURACIÓN DE LOS TISICOS!
CREMA DE MALTA
 CON ACEITE DE HIGADO DE BACALAO
 E HIPOFOSFITOS
 DE OPPEHEIMER.
AGRADABLE AL PALADAR COMO UN DULCE.

Posee todas las virtudes del Aceite de Hígado de Bacalao más las de los Extractos de Malta y de los Hipofosfitos de Cal y de Sosa. Recendada por todos los facultativos, de fácil digestión, es tomada con gusto y soportada por cualquier enfermo. Sana las Ulceras pulmonares, cura la Tos, Bronquitis, Resfriados, Combate el Linfatismo, la Raquitis, la Escrofula, la Anemia. Salvación de los niños débiles.
 Depósito:—3, San Street, Londres, y todas las Boticas.

AGUA
 DE
CHAMILY.

La Delicia del Tocador.
 La Mejor para el baño.
UNA FUENTE DE PLACER.

ZENO & Co., LONDRES.

EXTRACTOS
 PARA EL PAÑUELO DE
ZENO & CO.,
 LONDRES.

OPOPONAX
 DAPHNE WHITE ROSE YLANG.
 Los mas suaves y persistentes.

Deposito en todos los buenos establecimientos.

LIMOSINA
 DE OPPEHEIMER.

Bebida efervescente, Retrescante, Agradable.

VERDADERO DEPURATIVO DE LA SANGRE, espele la ACRIDUD y los HUMORES. Cura las INDIGESTIONES, las ENFERMEDADES del ESTOMAGO y del HIGADO, la BILIS, la GOTA, el REUMATISMO, la INFLAMACION, la CALENTURA, la FIEBRE TIFOIDEA, la JAQUECA, la DISPEPSIA, el ASMA, los ECZEMAS y EMPEINES. Quita los BARROS y los GRANOS—previene las EPIDEMIAS y la FIEBRE AMARILLA.
 Depósito:—3, San Street, Londres, y todas las Boticas.

HOTEL Y RESTAURANTE
ITALO AMERICANO.

Emilio D. Chiappe,
 Propietario.

Servicio del restaurante, á la carta-abono.

San José de Costa Rica.

GLYODINA
 DEL DR. CLAYTON.

Tonico fosfo-ferruginoso, Renovador del Cerebro y de la Sangre.

Cura la **DEBILIDAD GENERAL**, la ANEMIA, la CLOROSIS, las ESCROFULAS, **VIGORIZA** el CEREBRO y los NERVIOS. Evita las CONVALESCENCIAS. **DEVUELVE** la JUVENTUD á los AGOBIADOS por CUALQUIER EXCESO. **ENTONA** el ESTOMAGO. Combate las EPIDEMIAS.

Deposito:—3, San Street, Londres, y todas las buenas Boticas.

ALQUILAMOS

Para echar bestias en un buen potrero, á una hora de aquí. Se les dará sal cada ocho días.

Guell & Gutiérrez.

San José, 5 de setiembre de 1888.

PARA BAILE,

BARATILLO DE ABANICOS Y GUANTES.

ACUDID

ANTES QUE SE ACABE.

PABLO LANDERER, tiene el gusto de avisar á sus favorecedores que acaba de recibir un elegante y variado surtido de joyería y otros objetos, y vende por mayor y al menudeo:

Camisetas de seda y lana para señoras.—Ropa hecha para niños, desde \$ 2-50.—Chalecos de fantasía á \$ 2-50.—Camisas para hombres y niños, formas (Chic). Cuellos marineros para niños.—Cinturones con hebillas elegantes.—Prendedores para retratos.—Prendedores para corbatas, muy finos.—Guardapelos y relicarios.—Prendedores con nombres de las bellas josefinas, Pulseras, Collares, Rosarios, Cruces y varios otros artículos para regalos.—Fantoques y dijes para leontinas.

TODO SUMAMENTE BARATO.

Pronto llegará un surtido de juguetes.

Compra y vende oro y da dinero á interés.

LAS NOVEDADES.

El número y la variedad de sombreros y de los demás artículos del ramo que han llegado últimamente á esta

SOMBRERERIA,

dan ocasión á poder corresponder á todos los gustos. Los sombreros de *copa*, clak y de seda, están la orden.

MANUEL VEIGA.

Relojería Americana.

Acaba de recibir un gran surtido de joyas de todas clases y precios. Relojes de fantasía para mesa y bolsillo, monedas caladas en aderesos, leontinas, etc. Composiciones garantizadas de relojes y joyas.

¡Acudid y vereis!

Precios sin competencia.

Calle del General Fernández, }
 contigua al Gran Hotel }

Tipografía Nacional,